

Un sacerdote amigo mío de vez en cuando solía decir con humor: "Jim ¡me encanta la iglesia si no fuera por su gente!" Este es el desafío que se presenta a nosotros en las lecturas de este fin de semana, el de transmitir el amor que profesamos por Dios a amarnos los unos a los otros en el diario vivir.

Tanto el profeta Ezequiel en la primera lectura y Jesús en el Evangelio de hoy nos advierten de no ser «ambivalentes», cuando se trata de ser buenos discípulos—los que dicen una cosa, pero hacen algo totalmente diferente. Hay una palabra más condenatoria que describe esto: hipocresía. Es cierto, que ninguno de nosotros puede decir honestamente que no hay ningún rastro de hipocresía en nuestras vidas, al menos que seamos un bebé o un niño muy pequeño que aún no ha aprendido el arte de ella. Esta es la razón, por la cual, la franqueza brutal de un niño nos desarma. San Pablo en la segunda lectura de hoy nos exhorta: «Tengan los sentimientos que tuvo Cristo Jesús» (Fil. 2:5), y continuando, él cita un himno de los primeros cristianos que proclaman el tipo de amor que debemos tener: «Cristo, siendo Dios, no consideró que debía aferrarse a las prerrogativas de su condición divina, sino que, por al contrario, . . . se humilló a sí mismo y por obediencia aceptó incluso la muerte y una muerte de cruz» (Fil. 2:6-8).

El padre Ronald Rohlheiser, rector de seminario, psicólogo, escritor espiritual contemporáneo, y columnista semanal en el periódico «The Witness», cita la imagen de Jesús lavando los pies de los apóstoles en la Última Cena como una forma de entender el amor que debemos tener, que es descrito en las Lecturas de hoy. Al relatar los acontecimientos de la Última Cena, Rolheiser hace notar que San Juan en el Evangelio de San Juan nos dice que Jesús se despojó de su ropa exterior, su «manto», antes de lavar los pies de los apóstoles. Rolheiser refleja que este detalle físico revela una verdad fundamental acerca de nosotros. Todos nosotros tenemos ropa exterior, no sólo la ropa física, sino también otra ropa exterior como nuestro específico grupo étnico y sus tradiciones, el idioma, la identidad religiosa, la cultura, la afiliación política, la ideología, y un conjunto de juicios morales. Todos tendemos a asociarnos con personas de ideas afines que usan prendas similares o iguales a la nuestra, y no entendemos (o toleramos) a los que son diferentes a nosotros. Vamos a misa, pero una vez afuera de ella, vivimos (o decimos que debemos vivir) en el mundo "real". Y en este "mundo real" las enseñanzas de Jesús, son buenos ideales, pero simplemente no es práctico o posible; o esto es lo que proclamamos. Cuando Jesús se quitó su «manto», su ropa exterior y se agachó para lavar los pies de los apóstoles, él nos reveló su verdadero interior, el amor hecho carne. Al terminar el ritual del lavado de pies, de nuevo se

sienta a la mesa y les dice a los apóstoles: «Yo les he dado ejemplo, y ustedes deben hacer como he hecho yo» (Juan 13:15). Como los bautizados en él, nos desafía, como él, a arriesgarnos a despojarnos de las muchas «ropas exteriores» que usamos para que la «ropa interior», que profesamos, el amor por Dios, pueda ser visto y expresado en nuestro amor al prójimo: como la propia vida de Jesús, un manto inconsútil de amor.

Una inserción en el boletín de este fin de semana nos ofrece esta llamada en un tema particular. El arzobispo Hanus, en unión con todos los obispos de nuestro país, nos invita a participar en el «Oración por la Iniciativa de Sueño», que apoya la propuesta de un proyecto de ley actualmente ante el Congreso, conocida como «The DREAM Act». El objetivo central de The DREAM Act es otorgar a los niños de los inmigrantes que vinieron en nuestro país ilegalmente, que no tuvieron otra opción en emigrar, que no han conocido otra patria, y que han demostrado ser jóvenes adultos responsables y de buena reputación. Esto les daría una oportunidad de ganar situación legal y de convertirse en ciudadanos americanos si sirven en las fuerzas armadas, el Cuerpo de Paz o de atender la universidad, y luego contribuir a su comunidad en alguna forma de servicio, de obtener la «tarjeta verde», y para que luego puedan comenzar el proceso de convertirse en ciudadanos legales.

El tema de la inmigración y las reformas de las políticas y de las leyes de nuestra nación siempre provocan un rango de emociones y opiniones. El cardenal Theodore McCarrick, arzobispo emérito de Washington, D. C., señaló en una reciente homilía, que el trato justo a los inmigrantes es mandato bíblico y, así, parte de nuestra doctrina moral católica con respecto a la dignidad y respeto de la vida humana. Se puede ver en el libro Levítico del Antiguo Testamento que el pueblo hebreo, siendo a si mismo refugiados y inmigrantes, se asientan en su nueva patria. Al hacer esto, Moisés comandó a ellos una orden estricta de no oprimir a un extranjero porque ellos mismos eran extranjeros y refugiados. En el Nuevo Testamento, exilio y indigencia también marcaron la vida de Jesús. Cuando él era niño junto con sus padres, fue un refugiado y extranjero en Egipto para poder escapar de los asesinos del rey Herodes. Jesús fue un maestro itinerante, que no tenía hogar permanente. Él lo reafirma en el Evangelio de San Mateo: "...era un extraño, y me hospedaron" y "Les aseguro que cuando lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron" (Mt. 25:35,39,40).

Hoy oramos por la gracia de podernos quitar las vestiduras que nos separan, y asumir la manto inconsútil de Jesús: la vestidura de amor—amor a Dios y amor al pueblo de Dios.